



100 kilómetros a pié en busca de redención

El insólito peregrinaje de Harold Fry (Salamandra), de Rachel Joyce, ha sido un éxito de ventas en el Reino Unido, pero no está claro que esa vaya a ser su suerte en España, pese a que se trata de uno de esos libros que no dejan a nadie indiferente. Aunque rezuma sensibilidad, no se ajusta al molde sensiblero que ha garantizado éxitos masivos a escritores como Susana Tamaro (Donde el corazón te lleve) o John Boyne (El niño con el pijama de rayas). Hay más autenticidad y menos cálculo. Su materia prima es la culpa y la expiación, la convicción de que nunca es tarde para rectificar y ajustar cuentas con el pasado, de que, pese al egoísmo convertido en marca registrada de estos tiempos, aún es posible encontrar en las personas un atisbo de compasión y solidaridad.

Es ésta la primera novela de Rachel Joyce, que fue una reconocida actriz británica de teatro y televisión hasta que decidió dedicarse a la literatura. No tardó en labrarse un sólido prestigio como escritora de obras dramáticas emitidas por radio de la BBC. Esta historia fue serial en las ondas antes de llegar a la imprenta.

La inspiración le vino a la autora cuando supo que su padre sufría de cáncer. La escritura fue una rebelión, un intento atípico y desesperado por mantenerle con vida. Ocurrió lo que era de esperar: la enfermedad ganó la batalla, pero ella siguió con la idea que alimenta su novela, la disparatada convicción de su personaje, Harold Fry, un jubilado que ni siquiera puede hablar ya



con su mujer a causa de viejas heridas, de que puede evitar que muera su amiga Queenie, que agoniza en un hospital del extremo norte de Inglaterra. Lo que necesita para lograrlo es recorrer a pié los 1.000 kilómetros que distan desde su casa en la otra punta del país.

La novela es el relato de ese viaje de 87 días, de los obstáculos materiales e interiores a los que se enfrenta Fry, de su búsqueda de redención, del revulsivo personal y la terapia para su conciencia culpable que supone, de las motivaciones de los discípulos que se le unen a lo largo del camino, y del efecto que su empeño causa en cuantos se cruzan con él. Desde una camarera que le asegura que sólo con su voluntad logró salvar a una tía suya enferma terminal, a una samaritana médica inmigrante eslovaca que se ve obligada a trabajar de limpiadora, o al respetable caballero que le confiesa su homosexualidad y le consulta sobre si debe comprarle a su joven amante unas deportivas porque las que él suele lamerle tienen un agujero.

“Harold Fry”, relata Joyce, “ya no podía cruzarse con un desconocido sin reconocer que todas las personas eran iguales y únicas a la vez. Tal era la paradoja de la condición humana”. Una condición que la edad no tiene por que zanjar, como reconoce su esposa: “Nunca se me ocurrió que podía llegar a los sesenta y tres años hecha un lío”. Harold no juzga, nadie le decepciona, “reserva en su corazón un espacio para cada persona o lugar con los que se cruza”, todo forma parte del viaje; lo único que aborrece es el ruido mediático que le cerca durante semanas. Tampoco le guía un sentimiento religioso: “No me importa que lo hagan otros”, responde a una petición de que rece, “pero, si no te importa, yo me abstendré”.

Por fin, Harold se enfrenta a una triple catarsis: con su esposa, con su hijo y con su agonizante amiga. Y es entonces cuando encuentra algo de sentido para vivir el resto de su vida.



El insólito éxito de un peregrinaje de hoy

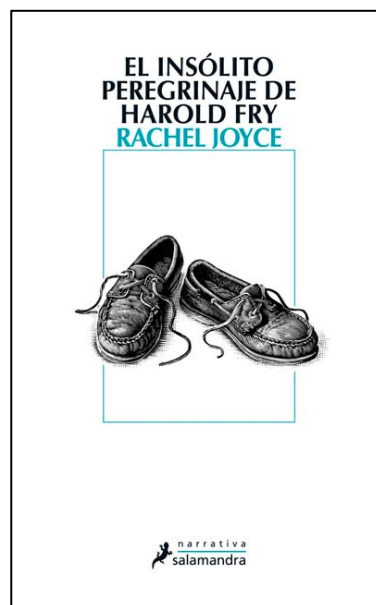
El césped ataja el asfalto de la carretera que los árboles recubren de bóvedas verdes en pleno Gloucestershire. En una granja de Brownhill, pequeño pueblo de esta área de la campiña inglesa, se refugia de la vida la escritora Rachel Joyce (Londres, 1962). Y por un escenario así pone a andar a Harold, el jubilado protagonista de su sorprendente y exitoso debut literario, *El insólito peregrinaje de Harold Fry* ([Salamandra](#) en español y [La Magrana](#), en catalán).

Todo parece simple en la vida y en la novela de Joyce, pero es como los ríos de la zona: asoman mansos pero la corriente del agua y de los sentimientos fluye tenaz y profunda. En la obra se traduce en un anodino recién jubilado que recibe la carta de una amiga a la que no ve desde hace 20 años y donde le comunica escuetamente que va a morir de cáncer. La respuesta aún es más breve, totalmente insatisfactoria y mientras va al buzón de la esquina a tirarla, Harold se lo repiensa y se da tiempo emplazándose a otro buzón más lejano y así hasta que decide que irá a pie desde Kingsbridge, tal como va (mocasines náuticos, sin móvil, sin ropa adecuada, sin avisar a su esposa), hasta donde la mujer que agoniza, en Berwick-upon-Tweed, casi la otra punta del país, un peregrinaje de 87 días y 1.009 kilómetros que acabará siendo una expiación de sus pasados pecados con la corresponsal y con su familia.

En el fondo, la novela, generosa en mensajes, trata de la batalla cotidiana por aguantar la fachada, por enmascarar lo que nos pasa por dentro, admite su autora: “Todos libramos cada día esa contienda, parecemos iguales y nos mostramos impertérritos por fuera y eso nos hace sentir aún más solos. Harold es la demostración: como está de paso, la gente se le abre y le cuenta cosas que a sus más allegados no relatan; sí, estamos solos y nuestra sociedad es individualista, pero necesitamos conectar con la gente”; el protagonista, piensa su creadora, “al caminar vuelve a conectar, con él mismo y con los demás; pero no todos saben explotar, tener ese momento irracional de contarle todo o hacer lo que siempre soñaron y no se atrevieron y lo lamentan; vivimos demasiado aislados, expresándonos a través de e-mails y sms en vez de hablando. Y no es lo mismo”.

Joyce, antigua actriz de teatro y televisión durante casi 20 años, sabe que persona, en griego, significa máscara. “Sí somos máscaras y las costumbres, también: decimos y hacemos cosas que ya sabemos que hace tiempo que no son verdad y seguimos usándolas; demasiado”.

Casi sin excepción, los personajes de Joyce lamentan algo de su pasado inmediato, que arrastran incapaces de sacudirse de encima, sin ni siquiera intentarlo, excepto el propio Harold o su progenitora, que lo abandona de pequeño. El tema parece que flotará de nuevo en la segunda novela que ahora ultima, *Perfect*: una madre que acompaña a su hijo a la escuela atropella a un peatón, pero decide no parar e inicia una huida sinsentido. “Sí, no había caído en ello: son obras diferentes pero sí aparecen de nuevo el tema del arrepentimiento y la expiación”, confiesa. ¿Influencia religiosa? “No crecí con una educación religiosa marcada; incluso la noche antes de la Confirmación le dije a mi madre que no podía hacerla porque era incapaz de creer. De mayor he buscado aún conexiones que fueran más allá de lo material. Cerca de aquí hay un convento con monjas: suelo ir a verlas, me conmueve lo buena gente que son; también me cimbrean las iglesias, aunque no he seguido yendo a misa; me gusta sentarme en ellas pero también en los campos de por aquí... O los jardines concebidos hace un siglo y que han crecido y sus creadores no han podido ver; o



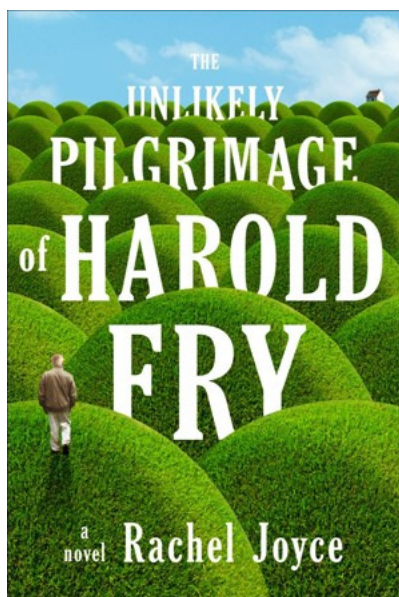


Tertulias Literarias

escuchar a grandes grupos cantando... Todo ello me parece que expresa la conexión entre la gente y ésta con el mundo, me hace llorar”.

Joyce mira el silencioso campo verde frente a su salón mientras se cruza a menudo la chaquetilla y mantiene las mangas subidas hasta los nudillos, como si se arropara. Hay un punto de tranquilidad casi mística en esa granja con patos, gallinas, perros y caballos pero que fue antiquísimo pub y después convento; un ambiente que refuerza su suave hilo de voz, con el que apenas recrimina a uno de los perros. “Este es el que acompaña a Fry en su peregrinaje: está enfermo de cáncer, morirá; le agradecerá si le hace compañía”, casi suplica.

Los personajes de Joyce tienen fe pero ésta no parece emanar de religión alguna. Quizá es su caso, también. “Mi interés estaba en averiguar cómo tener fe y cómo es esta fe si no perteneces a religión o iglesia alguna”. En buena parte de la novela, Harold cree que con su peregrinaje su amiga se salvará del cáncer... Concepto peligroso a caballo entre la autoayuda y los supuestos poderes de la mente hoy tan en boga. “En la obra queda claro que eso no es posible pero algunas veces necesitamos pensar y creer en cosas que van más allá de nosotros, por encima de iglesias y religiones... Fry no puede frenar el cáncer de su amiga pero al hacer el camino por ella consigue mucho más de lo que nunca hubiera creído que podría hacer; ella le da a él y él a ella”.



Hay ahí un jirón autobiográfico: antes que novela, Joyce inventó esta historia en 2006 para un guión de radio para la BBC, donde ha trabajado 16 años. “Cuando lo escribí sabía que a mi padre apenas le quedaban semanas de vida; no quería perderle; me pareció que era una manera de retenerle”. Hay rastros de su padre en Harold, ambos colindantes con la generación Saga, la que creció marcada por la reciente Segunda Guerra Mundial y con unos valores muy británicos: cortesía extrema, austeridad, modestia hasta casi la timidez... “No son valores que se hayan perdido del todo, no es tanto un homenaje a eso como a la gente sencilla que utiliza un lenguaje sencillo pero que aborda con clarividencia grandes temas”.

Joyce define una de las claves del éxito del libro (90.000 ejemplares en Inglaterra en apenas seis meses; traducciones al alemán, francés, español...): conversaciones y hechos cotidianos sencillos son abordados con extrema sencillez y las situaciones apenas son esbozadas, una instantánea. “Me gusta dejar caer los detalles, el lector lo acabará captando y recordando; como lectora odio las novelas obvias”. A la técnica no debe ser ajena ni el curso de escritura que realizó hace poco como sus 16 años de guionista, a razón de 7.000 palabras y 45 minutos: “Sólo tienes ese tiempo y ese espacio para contar una historia, por lo que cada escena ha de tener una tensión”. Jane Austen, no por casualidad citada dos veces en la novela, es una de sus referencias. “Me encanta su manera de dejar caer los detalles, cómo engarza pequeñas cosas que luego dan tanto sentido a la historia y que la trascienden”. Pero también están ahí las hermanas Brönte, Dickens, Shakespeare... que pueblan los anaqueles del níveo salón de su casa.

No sabe la autora que es lo que atrae tanto de Harold y su peregrinaje, fórmula clásica de la expiación desde los inicios de la humanidad. “Harold es un hijo no deseado y que cree que no quiso suficiente al suyo, pero siendo como es un personaje muy normal, sin grandes atributos, es capaz de algo extraordinario, demuestra que es posible volver a empezar en la vida... pero con lo que ya tenemos”. ¿Pasado incluido? “El pasado va con nosotros, hay que poderlo salvar, no es necesario borrarlo siempre”.

GRUPO B



Entre esos mensajes austerianos que fluyen bajo las aguas, Joyce lanza el de la austeridad material: Harold viaja sin nada, sin dinero ni documentación y, al final, incluso sin mapa (a diferencia de su autora, que calculó al milímetro la trayectoria arrancando las páginas del mapa de carreteras de su marido que colgaba larguísimo en la cocina para reseguir sus pasos). “Vivimos cada vez con más cosas, yo misma tengo ganas de deshacerme de mucho objeto... Harold demuestra que incluso un trayecto así puede hacerse con unos mocasines (que ilustran la página web de la escritora); hay tantos objetos que afectan a nuestras vidas y la determinan...”.

El insólito peregrinaje de Harold Fry (cuyos derechos para su adaptación al cine ya han sido vendidos) tiene un punto del exitoso subgénero literario del “landscape” físico, pero también es un “landscape” moral, mental, quizá otra clave de su éxito en estos tiempos mancados de espiritualidad. “No lo sé, pero creo que es un buen momento para volver a valorar lo que sentimos y lo que somos... Yo he intentado salir de mis pertenencias y reflejar lo que pienso cuando camino por los campos de aquí... No sé, todo el mundo debería ser capaz de salir a caminar y hablar con otra persona, ¿no?”.

Vuelve Joyce a mirar por el ventanal y a arrojarse. En algún momento, su novela lanza un mensaje conformista: hay lo que hay y hemos de ser felices con ello, viene a decir, ¿no? “Hay cosas que hacen daño pero muchas suelen pasar. Con la muerte sólo he tenido la experiencia del fallecimiento de mi padre, mi tía y la de algunos animales... Y hay que aceptarlo, luchar y seguir adelante. Quizá algún día sepa más sobre todo ello y lo escriba”.

Joyce narra el peregrinaje de 1000 kilómetros por Inglaterra de Harold Fry

La escritora británica Rachel Joyce seduce a los lectores con la enternecedora y surrealista aventura del protagonista de "El insólito peregrinaje de Harold Fry", que recorre 1.000 kilómetros a pie por Inglaterra para apoyar a una antigua compañera de trabajo enferma de cáncer.

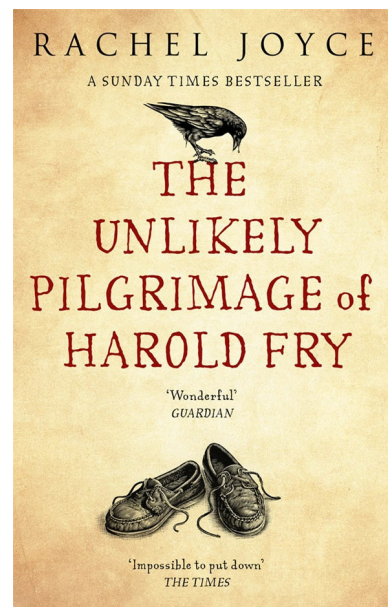
Vendida a 23 países y tras superar los 90.000 ejemplares en el Reino Unido desde marzo, la novela ha sido publicada esta semana en España por Salamandra en castellano y La Magrana en catalán.

Joyce explica en una entrevista con Efe que empezó a escribir la historia como una obra dramática para ser emitida por BBC Radio cuando su padre dijo que le quedaban unas semanas de vida.

"No le dije que lo estaba escribiendo y él no lo supo, pero estaba tan triste y enfadada que necesitaba escribir algo para él", destaca.

No hay una base real en la historia de la novela, pero cuenta su autora que cuando comenzó a escribirla su dentista le relató el caso de un colega suyo que estaba atendiendo a un paciente cuando este último le dijo algo que le molestó: el dentista salió entonces de su consulta, caminó hasta la siguiente calle y acabó cruzando Europa.

El embrión de la novela fue ese serial radiofónico que duraba únicamente 45 minutos: "una historia reducida a su esencia en la que solo estaban Harold, su mujer Maureen, y apenas algunos de los desconocidos con los que se encontraba el protagonista en su periplo".





Tertulias Literarias

Para el viaje de Harold, Joyce se documentó e incluyó lugares que conoce. De hecho, empieza en Kingsbridge, donde se crió Paul su marido, y la autora se aseguró de que fuera correcta cada parte del trayecto: donde duerme, donde come, "porque aunque el lector no necesitara saberlo, me parecía que se daría cuenta de ello".

Tenía un mapa de carreteras que fue recortando y cuyos trozos pegó unos a otros hasta que, comenta la autora, acabó ocupando la mitad de su estudio, una pequeña casa de invitados con vistas a la campiña inglesa.

Joyce confiesa que se alegra de no haber visto las películas "Forrest Gump" y "The Straight Story", que tangencialmente tienen que ver con su novela, especialmente la segunda, que narra la historia de un hombre que atraviesa Estados Unidos con su tractor cortacésped para ver a su hermano enfermo de cáncer, porque, de haberlo hecho, habría "escrito otra novela".

El lector de "El abuelo que saltó por la ventana y se largó" de Jonas Jonasson encontrará una peripecia parecida, aunque como dice Joyce, que está leyendo con su hijo la novela del sueco, "el tono elegido es diferente, ya que hay una opción clara por el humor".

Al igual que al abuelo de Jonasson, Harold Fry se ve sometido a los avatares del azar, nunca sabe con quién se encontrará y cómo cambiará eso su vida y su propósito de llegar al final del trayecto.

"Yo sí sabía que el azar iba a ser una parte importante del viaje de Harold, pero me parecía importante que Harold no lo supiera, y por esa razón está narrada en tercera persona, que me resulta una forma de narrar más natural, seguramente por mis años de trabajo en la radio", dice.

Admite Joyce que "El insólito peregrinaje de Harold Fry" es "una novela sobre la pérdida y sobre el amor", pero "también sobre el desencuentro o cuando no tenemos las palabras adecuadas o las palabras no nos sirven porque significan cosas diferentes para cada uno, pero lo seguimos intentando".

El personaje protagonista tiene, según su autora, algo de ella, de su padre, y le interesaba que fuera "una persona corriente, alguien a quien la gente sintiera próxima".

"Es especialmente inglés en eso de no estar demasiado cómodo al hablar de los propios sentimientos y, como la generación de mi padre, de no querer admitir que las cosas van mal", subraya.

La autora inglesa ultima su segunda novela, de la que revela que narra la historia de un niño que cree que su madre ha hecho algo terrible y se propone salvarla.

"Aunque es un relato más sombrío, al final me he dado cuenta de que tienen en común que se interesan por la gente que en sus vidas no encajan en la norma, que dejan de seguir el tiempo del reloj", repone.

Fontes:

http://cultura.elpais.com/cultura/2012/10/01/actualidad/1349107921_922419.html

http://www.ideal.es/agencias/20120922/mas-actualidad/cultura/joyce-narra-peregrinaje-1.000-kilometros_201209221309.html

<http://blogs.publico.es/luis-matias-lopez/2012/11/>

Para saber más:

[Páxina oficial da autora](#) (en inglés)

[Rachel Joyce describe o proceso de creación da obra](#) (en inglés) (Xornal The Telegraph)

[Entrevista con Rachel Joyce](#) (en inglés) (YouTube)

[Crítica no Washington Post](#) (en inglés)

[Artículo no xornal Daily Mail](#) (en inglés)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)

Tfno.: 981 639 511 - Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>